

NOTAS DE ARTE

(Julio Romero de Torres)

El arte es la exaltación de la vida. De otro modo: el arte da, a la vida, la facultad de llevar al máximum la realización de sus infinitas posibilidades.

De ahí que el criterio vulgar para justipreciar una obra de arte, que usa, como cartabón, la realidad, sea el único exacto. Pero sucede que el concepto de *vida*, en arte, no está bien depurado; y unos llaman *vida* a lo que otros llaman *pedestrismo*.

En cualquier tratado de Literatura Griega, léese: Sófocles pintó a los hombres no cómo son sino cómo debían ser. Está bien; pero hay que entenderse: *Deben ser*, en el sentido de lo que hubieran podido alcanzar si el choque encontrado de las distintas fuerzas naturales no lo hubiera impedido.

La caricatura nos permite, dentro de lo simplicísimo de sus procedimientos, la comprobación de lo aseverado. Caricatura es exageración. — Grotesta, desde luego. — El dibujante toma como punto de apoyo el rasgo característico — ARQUETÍPICO — y desde él se lanza al infinito. Lleva al máximum la posibilidad más enérgica que la vida adoptó — o por donde la vida se virió — en su criatura.

Claro es que a medida que el arte se complica, elevándose, el descubrimiento del rasgo arquetipo, o, de otro modo: el arquetipo que nos insinúa el artista en su obra, se hace más difícil de descubrir. De ahí la previa educación lenta e indispensable — de meditación, de sentimiento, de intención — necesaria para la aprehensión de los tipos artísticos superiores.

(Sería necesario aquí algunas aclaraciones sobre dos palabras empleadas: *complica* y *superiores*. Pero quedará para otra ocasión si se presenta).

Guyau, cuya doctrina artística nos parece falsa en conjunto, afirma: Artista es creador de mitos. Piénsese bien en

qué eran los mitos: el fauno, el sátiro, las náyades, el centauro, las musas, Apolo, Venus, Arcaeteri; y Aquiles, Néstor, Ulises, Antígona, Fedra, Helena... ¿Qué encarnaron los griegos en ellos? ¿Qué, sino la realización máxima, arquetípica, de una posibilidad vital?

Luego, pues, tenemos en las manos la piedra de toque, a nuestro juicio la única, para comprobar la calidad de arte que se nos ofrece. Llévemola al Salón Witcomb y ensayémosla en las obras de Julio Romero de Torres.

Fijémosnos, ante todo, que Romero de Torres se especializa en la figura humana. Lo cual nos facilita la tarea. En parte alguna nosotros, hombres, nos moveremos mejor que entre hombres. Lo demás de la naturaleza para ser entendido artísticamente debe ser humanizado. No otra cosa quiso expresar Enrique Federico Amiel en su conocido apotegma.

Y bien: Julio Romero de Torres ¿nos ofrece una exaltación de la vida? ¿Podemos, partiendo de sus figuras, llegar a los arquetipos? ¿Nos encontraremos con Platón?

Sinceramente, no. Un solo cuadro se nos aparece como *inconfundible*, como *único*. (Téngase en cuenta que de acuerdo con nuestro modo de pensar, los tipos artísticos son irreductibles, absolutos. De otro modo no serían arquetipos). Este cuadro, magnífico, por cierto, es "La Carcelera". Todo en él deslumbra; todo en él armoniza; todo en él es claro y es sencillo.

¡Lo que nos dicen sus ojos! Ira, pena, amor, pasión... Y los rasgos de la cara que se adivinan deformados por el dolor; crispatura latente que un esfuerzo inmenso por aparecer serena no deja manifestarse. Y la guitarra enhiesta, muda como ella, pero como ella presta a vibrar. Y la cara del preso — del HOMBRE — sus manos contraídas, su actitud de sufrimiento más por ella que por él mismo.

Pero, ¿y los otros? Los otros, no. Son todos iguales; idénticas manos; idénticos ojos; idénticos gestos; sólo cambian los colores y las actitudes. Sálvase, sin alcanzar a "La Carcelera", el retrato de Pastora Imperio.

Y he aquí, lector, la opinión sincera de quien no tiene miedo de equivocarse.

O. M. C.